

III

El casamiento de Hortensia y de Miguel se celebró con una gran pompa, de la que el novio no quiso que se prescindiese, por dos razones.

Primera, por el elevado rango á que la munificencia del Rey le había elevado.

Segunda, porque no creyese el Marqués de Río-Santo, dondequiera que se hallase, que por miedo á sus amenazas se quería ocultar en lo posible el casamiento, suprimiendo la ostentación.

Á las seis de la tarde, pues, una larga fila de carruajes se veía delante de la casa del anciano comerciante, todos ocupados por el lucido séquito que debía acompañar á los novios á la iglesia.

Salían por las portezuelas de los carruajes encantadoras cabezas de mujeres, cuyos rizos estaban entrelazados con pedrería, cabecitas rubias de niñas coronadas de rosas, y frentes calvas y varoniles selladas por el estudio y el saber.

Una multitud de curiosos se fué apiñando en derredor de los carruajes esperando ver á los novios.

Cuando éstos aparecieron, un murmullo de admiración recorrió todo el auditorio.

Iba delante Hortensia, á quien daba el brazo su tutor y futuro padre, que vestía de negro.

La joven estaba maravillosamente bella, y tan ricamente vestida, que la más caprichosa fantasía no hubiera exigido más.

Sobre un traje de raso blanco, bordado de plata, rígido por la riqueza de su tejido, llevaba una túnica de encaje blanco, tan delicado y transparente, que parecía haber salido de los dedos de alguna hada; aquel traje, corto según la moda de la época, dejaba ver unas medias caladas de seda blanca con espigas de plata y unos zapatitos de raso blanco con lazos de blonda sujetos con hebillas de diamantes.

De diamantes igualmente eran el collar de tres vueltas, la alta diadema de desposada que sujetaba el velo blanco, los pendientes, los brazaletes y la ancha hebilla que cerraba su cinturón de seda blanca bordado de florecitas de plata.

Á través de su velo de gasa de seda, se veían los largos rizos de sus cabellos negros, que rodeaban sus hombros y garganta; sus guantes de piel blanca y finísima, semilargos, estaban cerrados por tres botones de diamantes, y guarnecidos de piel de cisne, cosa entonces tan rara como costosa.

Sujeto con la corona de novia llevaba en una de sus sienes un ramito de azahar, y otro mayor en la cintura.

Tal era el atavío de Hortensia, y estaba con él

tan admirablemente hermosa, que es muy difícil de expresar.

Figuraos entre aquella cascada de seda blanca, diamantes y encajes, un semblante blanco, transparente y delicadamente rosado; unos grandes y brillantados ojos azules, que se ocultan á veces entre largas pestañas; una boca sonrosada y pura, y unos copiosos y sedosos cabellos negros, y se tendrá una idea aproximada de aquella figura angelical.

Miguel vestía su uniforme de comandante. Era también una gallarda y expresiva figura; su estatura excedía bastante á los límites regulares; era moreno y algo pálido, y tenía los ojos y los cabellos del negro más hermoso.

Las demás facciones de su rostro presentaban una agradable armonía, si bien no podían llamarse hermosas; en cambio había en todas ellas una expresión de alegre franqueza, de noble valor y de lealtad que cautivaba el alma.

Su vestido era todo lo esmerado que permitía la severa disciplina militar; pero en cambio se había agotado el gusto, hasta lo posible, en sus guantes y en su calzado.

Al verle tan sencillamente ataviado se hubiera dicho que había reservado toda la riqueza y el lujo posible para Hortensia, y que él vestía con tanta austeridad para que resaltase más el magnífico atavío de la joven.

Al llegar al final de la escalera, Hortensia levanta

tó sus largos y alabastrinos párpados, y saludó á los convidados con un gracioso ademán, en tanto que sus blancas mejillas se cubrían de un leve y delicado carmín.

Luego tomó el carruaje con los padrinos, que bajaban tras ella, y que eran un anciano matrimonio, antiguos amigos de sus padres, y que la habían visto nacer.

Miguel, su padre y otro amigo ocuparon otro coche.

La ceremonia tuvo lugar entre dos luces, por cuya razón el templo, en los sitios en que no había bujías, quedaba en una casi completa obscuridad.

Los novios, arrodillados en almohadones de terciopelo delante del sacerdote, rezaban las peticiones de costumbre; pero Hortensia, á pesar de la felicidad que inundaba su corazón, sentía sobre él un peso enorme: las amenazas del Marqués no se separaban de su memoria, y aquella carta tan sombría y tan preñada de amenazas que le dirigió el día de su desaparición, estaba grabada en su memoria con caracteres de fuego.

Al ir á dar el *sí* venturoso que la unía para siempre á su amado Miguel, no pudo menos de mirar en derredor suyo: entonces, apoyada en una columna del templo, y mirándola con ojos sombríos y centelleantes, apercibió la sombría figura de Río-Santo.

La joven ahogó un grito en sus labios: era muy

valerosa para demostrar su emoción, y pudo dominarla; la palidez invadió sus facciones, pero dió el *sí* con voz entera, clara y firme.

Por un movimiento involuntario, Miguel, al dar el suyo, miró también en derredor de la iglesia, y, como Hortensia, vió al Marqués.

Entonces le envió una mirada de triunfo y una sonrisa de desafío que él le devolvió.

En seguida desapareció como si le hubiese tragado la tierra.

Cuando la comitiva volvió á casa del padre de la novia, los extensos salones del rico comerciante estaban iluminados con esplendidez, pues había convidado para un baile, al que debía seguir una suntuosa cena, á lo más distinguido de la ciudad.

El buen hombre no cabía en sí de alegría con la elevación de su querido y único hijo, y había puesto el colmo á su orgullo y á su felicidad el casamiento de aquél con su pupila, casamiento que había temido más de una vez no se realizase á causa del Marqués brasileño.

La fiesta terminó á las cinco de la madrugada, y después cada uno fué á encontrar en los brazos del sueño, ó el olvido de las propias penas, ó las dulces esperanzas del porvenir.

IV

Un mes después de su casamiento, Miguel anunció á su mujer que debía volver á su regimiento.

Aunque Hortensia sabía que la licencia de Miguel era sólo de dos meses y que uno había pasado antes de su casamiento, creía también que ella acompañaría á su esposo dondequiera que fuese.

Júzguese, pues, de su dolor cuando supo que debía quedarse al lado de su padre, pues los caminos de España no ofrecían entonces seguridad alguna, y ni aun en las poblaciones era posible á veces encontrar un refugio tranquilo.

En vano rogó á Miguel que le permitiese acompañarle: éste le exigió como una prueba de cariño que no saliese del lado de su padre, y partió.

No bien se hubo perdido en la distancia el ruido del caballo de Miguel, mil aciagos presentimientos empezaron á acosar á la triste Hortensia: le pareció ver ante sus ojos la sombría y odiosa figura del Marqués de Río-Santo, que la amenazaba con un puñal y que la aseguraba de la muerte de Miguel.

Sin embargo, pasaron algunos meses sin que nada de extraño aconteciese: las cartas de Miguel decían que seguía en su guarnición, haciendo su servicio y pensando mucho en su mujer y en su padre; estas cartas se recibían todos los días, y Hortensia las contestaba al instante, refiriéndole también todo cuanto hacía desde que se levantaba.

Poco tenía, en verdad, su vida que contar: era tan retirada y tan igual, que no se diferenciaba un día de otro en cosa alguna.

Se levantaba muy temprano, y su primer cuidado era escribir á Miguel; luego hacía su tocador para el almuerzo, y después de éste se sentaba á hacer labor cerca de su suegro, que, ya achacoso, se había retirado de los asuntos de su comercio.

Á la caída de la tarde salían á dar un paseo, y después se ponían á la mesa para comer; tomado el café, Hortensia leía á su suegro los periódicos, hasta la hora en que llegaban otros dos ancianos amigos suyos, canónigo el uno y el otro magistrado, y emprendían su partida de *ecarté*.

Entonces Hortensia tomaba su bordado y trabajaba otro rato hasta las once, desde cuya hora hasta las doce tomaba un libro.

Un sueño tranquilo venía á coronar tan pacíficas ocupaciones, y la imagen noble y grave de Miguel, siempre en su memoria, era la única que vagaba entre las cortinas de los lechos en que descansaban la joven y el anciano.

Aquella vida tuvo una gran variación desde una mañana en que Hortensia dijo al padre de Miguel que esperaba dentro de poco darle un nieto; el noble anciano saltó de gozo como un niño, cantó, bailó, abrazó á su nuera muchas veces, y en seguida, tomando papel y pluma, escribió á su hijo la noticia feliz.

«No tengas cuidado—concluía la carta,—no harás falta tú para mirar por la salud de tu mujer; desde hoy andará poco, comerá sólo alimentos de fácil digestión, y tendrá que renunciar á toda ocupación que la fatigue.»

El anciano cumplió al pie de la letra todo lo prometido, y la pobre Hortensia hubo de sujetarse á tan extrema tranquilidad, que alguna vez se rebelaba ante tan extremados cuidados.

Llegó, por fin, el instante del parto, y la joven dió á luz con toda felicidad un robusto niño.

¡Un nieto! ¡Un niño! Más fácil es comprender la alegría del ciego que vuelve á ver la luz, que la que experimentó el anciano al ver al hijo de su hijo.

Pasó el día y los seis siguientes al lado del lecho de la madre y del hijo; ni la misma necesidad de dormir logró arrancarle de allí; no consintió en que nadie los velara, y en tanto que la enfermera dormía sobre un sillón, él dió á Hortensia todos los alimentos con una precisión matemática.

En la tarde del octavo día, y cediendo á los ruegos

33870

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RÍEYES"
C. No. 1625 MONTERREY, MEXICO

gos de Hortensia, consintió en salir á respirar el aire libre; pero era ya muy tarde cuando se pudo lograr, pues no podía separarse de su nieto.

Dirigió sus pasos hacia la orilla del mar, y se sentó para dar gracias al cielo por su felicidad; pareciale que allí estaba más cerca de Dios, y brotó de sus labios una fervorosa oración.

Cuando acabó, tenía los ojos llenos de lágrimas; su corazón se había elevado al Todopoderoso, dispensador de todas las felicidades, con tanto afecto y fervor, que no había una de sus fibras que no sonase ante esta hermosa palabra: ¡Amor!

Ya brillaba la luna en los cielos cuando el anciano dejó su asiento; reflejaba en el mar su disco luminoso, y rizaba las ondas con su argentado fulgor.

El padre de Miguel caminaba lentamente, y sus huellas se imprimían en la arena de la solitaria playa.

Nadie había allí: sólo un barco pescador desplega sus blancas velas á larga distancia, aunque se iba acercando rápidamente á la orilla.

Sin embargo, un hombre de alta estatura había salido de detrás de unas peñas, y se aproximaba á paso largo, pero silencioso, adonde estaba el anciano; una capa negra le envolvía en sus anchos pliegues, y sus facciones desaparecían bajo un sombrero de anchas alas, negro también y de forma italiana.

Tan ligero era aquel paso, que no llegó ni por

un instante al oído del anciano, entorpecido además por la edad; tan rápido era, que en muy pocos minutos salvó la enorme distancia que había desde las peñas hasta donde caminaba el honrado viejo.

De súbito sintió éste que un puño de hierro le sujetaba la garganta, y vió brillar ante sus ojos un puñal; intentó desasirse de aquel brazo asesino; pero el puñal se clavó hasta el mango en aquel corazón honrado, que acababa de elevarse á Dios con tan tierna y agradecida expresión de amor.

Ni un gemido dejó escapar el desventurado anciano; miró al cielo, que la luna iluminaba con su apacible fulgor, y luego, cruzando sus venerables manos sobre el pecho, expiró.

En el mismo instante llegaba el asesino al sitio donde atracan los barcos de los pescadores; tocó en la orilla la embarcación que el anciano había visto aproximarse, y el cobarde homicida que acababa de teñir sus manos en la sangre de un anciano indefenso saltó á ella.

La barca se alejó á toda vela de la orilla, y desapareció en la inmensidad del espacio.

Poco después pasaron dos guardacostas, y se detuvieron ante el cadáver del anciano; ambos le reconocieron, pues en todo el país era su nombre bendecido por los beneficios que dispensaba: uno de ellos se quedó guardando el cuerpo, y el otro fué á dar cuenta á la autoridad.

El cadáver fué conducido al instante á la población, y reconocido por todas partes por donde

pasaba; en el pecho tenía clavado aún el hierro homicida, y en el mango del puñal, y sobre una chapa de plata, se leían estas dos iniciales: *R. S.*

Informadas las autoridades de que podía trasladarse el cadáver á su propia casa, siempre que se hiciera con silencio, por cuanto el estado de la Condesa no permitiría á ésta enterarse de nada, se hizo así; pero, en el momento de llegar al descanso de la escalera, la misma Condesa salió des-pavorida de su habitación.

—¡Señora!—exclamó el magistrado, que pali-deció ante aquel inesperado accidente;—señora, ¿qué viene usted á hacer aquí?

—¡Vengo á ver á mi padre!—exclamó Hortensia, arrojándose sobre el cadáver y abrazándose á él con frenesí; luego se dejó caer de rodillas y exclamó juntando las manos y sollozando dolorosamente:

—¡Conque era verdad! ¡Conque aquella infame carta no mentía!

—¿Qué habla de carta?—preguntó el juez.

—¡Ah, señor!—respondió la enfermera;—la señora, así que salió este pobre señor, se encontró tan bien que quiso levantarse para darle, según decía, una agradable sorpresa; la vestimos entre su camarera y yo, y se sentó en un sillón inmediato á la ventana, con su niño en los brazos, al que daba de mamar.

Ella, según decía, se hallaba muy bien y muy distraída, por cuanto, como usted ve, su habita-

ción está situada en el entresuelo, y toda la gente que va á paseo tiene que cruzar por aquí.

De repente le cae un billete cerrado en la falda, ó por mejor decir, sobre el niño, que se había dormido en el seno de su madre; la señora Condesa levantó el billete, y al ver el sello, su blancura nacarada tomó el aspecto de amarilla cera; sin embargo, y á pesar de que temblaba mucho, lo abrió y leyó su contenido.

¡Nunca lo hubiera hecho! Dió un grito y se desmayó, dejando caer al niño de entre los brazos; la pobre criaturita ha sufrido una caída horrible: la madre y el hijo estaban sin sentido. Llevamos á éste á la cama, y socorrimos á aquélla; mas apenas abrió los ojos, se desasíó de nuestros brazos con una fuerza de que nadie la hubiera creído capaz, y echó á correr hacia la escalera en el momento en que ustedes la subían.

—¿Adónde está ese billete?—preguntó el juez, en tanto que la camarera y los demás criados socorrían á la Condesa y la llevaban á su lecho, pues había vuelto á desmayarse.

—Aquí está, señor—dijo la enfermera mostrando una pequeña carta que exhalaba un fuerte perfume.

Desdobló el juez, de pie aún al lado del cadáver, el billete, y examinó el sello. Era el mismo que ya conocemos: una palma y una espada cruzadas, atravesadas por un lago, y en medio el fatídico nombre de Río-Santo.

El billete decía estas solas palabras:

«Hortensia: Dentro de un cuarto de hora habré muerto al padre de tu esposo; mi venganza, aplazada por algún tiempo, empieza ahora.

RÍO-SANTO.»

Al acabar de leer el magistrado este billete, que guardó en la mano, se oyeron sollozos en el interior de la casa; á una señal suya, los hombres que habían conducido el cadáver volvieron á tomarle y lo condujeron á la habitación que hasta poco antes había ocupado.

Al atravesar la antesala salió la camarera, que era la que sollozaba.

—¡El niño ha muerto! ¡Ha muerto!—exclamó la pobre muchacha con dolor.

—¡Oh, qué horrible cúmulo de desgracias!—exclamó el magistrado entrando en la habitación de la Condesa.

Ésta estaba sentada en su lecho; con los brazos apoyados en las rodillas, clavaba sus ojos con afán en el pequeño cuerpo de su hijo, inanimado ya y tendido al lado suyo.

Sus largos cabellos negros caían por su espalda como un fúnebre velo; su cara, tan dulce, tan hermosa siempre, estaba contraída y casi feroz; cuando oyó los pasos de las personas que entraban, asió á su hijo con mano convulsiva, y miró en

torno suyo con el aire de la hiena que se apresta á defender sus cachorros.

El doctor que se había ido á buscar para que llenase su deber en aquel terrible drama, sacó de su bolsillo un frasquito, se arrojó hacia la Condesa por detrás, apoyó su cabeza contra su seno y la obligó á aspirar el contenido de aquella redomita; instantáneamente la Condesa soltó el cuerpo del niño, y cayó desplomada sobre su lecho, falta de sentido, de color y de voz.

Entonces se separó de allí el pequeño cadáver, que fué colocado en el mismo lecho, en que descansaba el de su abuelo.

Todos los corazones se estremecieron ante aquel desolador espectáculo: el anciano, que llegaba al fin de una larga carrera de virtudes, y el niño, que entraba en el mundo con la inocencia de los ángeles en la frente, reposaban en los brazos de la muerte, donde los había arrojado el cobarde brazo de un mismo verdugo.

Las dos fisonomías tenían impresa una belleza admirable: la una serena, grave, y como inspirada por el fervor de su última plegaria; la otra, risueña, dulce, llena de belleza infantil é inocente; hubiera podido asegurarse que aquel hermoso anciano y aquel niño encantador habían hallado nueva y más dichosa vida en el cielo.

.....
 Aquella misma noche, el magistrado que entendía en la causa escribió al general de la divi-

sión á que pertenecía el Conde, para que anunciase á éste las dos desgracias que había sufrido y le diese licencia para volver al lado de su esposa, cuya vida corría grave peligro.

Era el mismo magistrado que cada noche venía á hacer la partida de *ecarté* al padre de Miguel.

Éste no se hizo esperar: pocos días después de haber recibido las fatales nuevas, estaba al lado de su esposa, que aún era presa á intervalos de una dolorosa locura.

—Vamos, Hortensia mía, consuélate—le dijo aquel hombre, cuyo corazón necesitaba por sí mismo de tanto consuelo;—no te separarás ya de mi lado.

—¿De veras?—preguntó la joven, en cuyas abatidas pupilas brilló un rayo de supremo gozo.

—De veras—respondió el Conde;—vendrás siempre conmigo, y sólo la muerte podrá ya separarnos.

En vano se habían hecho las más activas diligencias para buscar al cobarde asesino del anciano. Miguel derramó el oro á manos llenas, creyendo ser más feliz, pero de nada sirvieron todas sus pesquisas: ni el más leve rastro pareció del infame brasileño.

Nadie podía indicar la barca pescadora que le había dado asilo, porque ya dije que desapareció en la inmensidad del horizonte antes de que ningún mortal viese el asesinato del anciano.

Sólo Dios podía descubrir al homicida; sólo Dios podía castigarle.

Hortensia, animada y consolada por la presencia de su esposo, recobró la salud, aunque muy lentamente, mucho antes de lo que se esperaba; pero en el fondo de aquella alma noble quedó para siempre grabado este triste pensamiento:

—¡Mi padre, el anciano que ha cuidado y protegido mi existencia, el autor de la de mi esposo, el excelente hombre que tanto me amaba, ha muerto por mí!

En vano Miguel intentaba combatir estas negras ideas; la Condesa callaba para no afligir á su marido, y encerraba dentro del pecho su propio dolor; pero el sueño la hacía traición, y á cada instante se despertaba bañada en sudor, y acongojada por una espantosa pesadilla. La memoria de su hijo hacía más amargos sus pensamientos.

¡Aquel hijo tan esperado, tan guardado cuando aún se hallaba en su seno, muerto casi al instante de nacer!

La Condesa, á pesar de su suavidad, de su dulzura, de su mansedumbre, sentía arder su sangre al recuerdo del asesino de las dos personas que más amaba en el mundo después de su marido, y se preguntaba muchas veces qué castigo impondrían las leyes que fuese digno de tan espantosos crímenes.

La mano alevosa que la había herido sabía el daño que la causaba, y que el golpe que diese la

muerte al anciano se llevaba también la vida de su nieto.

Miguel, desesperado ya de lograr más completa curación para el estado de su mujer, en tanto permaneciesen en aquella ciudad, teatro de sus desgracias, apresuró los preparativos de su marcha, que tuvo por fin lugar.

Entre su equipaje colocó, con un cuidado sombrío y amenazador, y en una caja de álamo, dos objetos que había conservado á costa de gran trabajo.

Eran el puñal que había quitado la vida á su padre, y el billete en que se anunciaba á su mujer esta catástrofe.

Cuando el carruaje partió, la Condesa respiró como aliviada de un peso enorme.

Levantó los ojos al cielo, y le pareció más hermoso y puro su azul y más brillantes sus estrellas.

Pasó la mano por su hermosa frente, y apoyando su cabeza en el hombro de su marido, que la miraba atentamente, murmuró á media voz:

—¡Me parece que ya soy menos desgraciada!

V

La ausencia del teatro de sus desgracias devolvió á Hortensia una parte de su tranquilidad. Fué con su marido á Valencia, donde estaba el regimiento del Conde, y su belleza, su elevada posición, su juventud, atraieron bien pronto en derredor multitud de personas distinguidas de ambos sexos, que hacían justicia, no sólo á las cualidades relevantes de su carácter, sino también á las de su talento y su corazón.

Miguel la animaba y la obligaba á asistir á las fiestas que se daban en su obsequio, y al teatro, del que siempre había gustado con pasión.

Poco á poco desaparecía la palidez de sus mejillas, renacía su sonrisa y se animaban sus ojos con aquel dulce brillo que tan seductores los hacía cuando era feliz.

Sin embargo, en medio de aquella dicha tranquila y apacible, la imagen de su pobre hijo, muerto casi al nacer, surgía en el pensamiento de Hortensia; recordaba su hermosura y las gracias que prometía, y lágrimas amargas se deslizaban de sus ojos.

Pero estas nubes de tristeza en nada se pare-

cían á la perpetua tempestad que moraba en el alma de Miguel.

Hubiera dado él la mitad de su existencia por encontrar al asesino de su padre; pero en vano había empleado toda su actividad y enormes sumas de dinero para encontrarle: una gran parte de su temprana herencia se había consumido en las pesquisas más activas, no sólo de la justicia, sino también de agentes particulares; pero ni el más leve rastro se había podido descubrir de Río-Santo.

Miguel había enviado emisarios suyos, pagados á peso de oro, á todas las grandes capitales donde regularmente se refugian los malvados: París, Londres, Viena, Francfort, Madrid, Nueva York, Berlín, Lisboa y Venecia, habían sido registrados por la policía con el cuidado más exacto y minucioso; pero en ninguna parte había rastro de aquel ser sombrío y abortado, al parecer, por el infierno.

El Conde se persuadió de que Río-Santo había cruzado los mares, á pesar de que las pesquisas hechas en América habían sido infructuosas como todas las demás que se habían practicado; y no sabiendo ya qué hacer, dejó una sola persona para que constantemente estuviese á la mira de aquel peligroso personaje, y viajando en su busca ó en su seguimiento.

La esperanza de un nuevo hijo calmó algún tanto aquella perpetua indignación, aquella an-

gustia dolorosa de Miguel; pero era imposible extinguir el rencor en aquella alma ardiente, generosa y noble.

Hortensia dió á luz, con toda felicidad, un nuevo hijo: púsosele el nombre de Félix, que había sido el de su desgraciado abuelo, y su vista devolvió á su madre mucha alegría y una gran parte de felicidad á su padre.

Hortensia presentó á su hijo en el templo así que la fué posible: oyó una misa y pagó una solemne fiesta para dar gracias á Dios por aquel rayo de dicha, tras la larga tempestad de sus dolores.

Su pensamiento pasó bien pronto desde la felicidad presente á la que había perdido, y rogó á Dios fervorosamente por el descanso del alma del virtuoso anciano que le había servido de padre.

Como de costumbre, sus lágrimas corrieron al evocar este recuerdo, é inclinó su frente sobre la cabeza de su hijo, que dormía en sus brazos en tanto que tenía lugar la ceremonia religiosa.

Miguel, que se hallaba arrodillado junto á ella, le dijo en voz baja algunas palabras de consuelo, y la Condesa levantó la cabeza, asombrada como si saliese de un sueño doloroso y profundo.

De repente lanzó un grito de horror, que no fué bastante á contener en sus labios el respeto á la santidad del lugar; palideció de un modo espantoso, y un temblor convulsivo recorrió su cuerpo.

La sirvienta destinada á llevar el niño se acercó á tomar á la criatura, que sin este auxilio hubiera caído al suelo; y Hortensia, extendiendo los brazos hacia una de las columnas de la catedral, exclamó con voz ahogada:

—¡Allí, allí!... ¡El Marqués!...

Y cayó desplomada en los brazos de su marido.

Éste la dejó en los de las señoras que le rodeaban, y se lanzó hacia el sitio que designaba su mujer: detrás de la columna estaba, en efecto, el Marqués envuelto en su capa negra.

El Conde no podía dudar: era él, con su rostro cobrizo, con sus ojos verdes, sus cabellos negros y encrespados, su nerviosa y amarga sonrisa. Pero, como si hubiera tenido alas, desapareció á la proximidad del Conde, que en vano le buscó por todas partes. Había desaparecido de la iglesia.

Desde el día siguiente Hortensia volvió á entristecerse; aquella aparición le parecía como una amenaza de muerte para su querido hijo, y no había un instante en que no la viera cernerse sobre su cabeza.

Hasta llegó á acusarse de haberse casado con Miguel, atrayendo sobre éste y sus hijos la venganza y el odio de aquel hombre feroz; pero luego las caricias y las dulces palabras de su esposo le hacían bendecir mil veces el instante en que le confió su felicidad, aunque ésta se hallase amargada con mil siniestros temores.

VI

Hortensia y su esposo recorrieron diferentes ciudades de España, pues las continuas convulsiones políticas hacían imposible para el ejército hasta el más leve reposo.

El regimiento del Conde recorría entonces la Andalucía; su graduación militar había aumentado, pues era teniente coronel tres años después del nacimiento de Félix.

La Condesa iba á ser madre de nuevo, y esta consideración, unida á lo mucho que deseaba una vida más tranquila, habían hecho pensar muchas veces á Miguel en pedir el retiro, puesto que sus muchas riquezas le aseguraban un porvenir seguro y dichoso en cuanto á intereses.

Pero, ¿cómo dejar el servicio del Rey cuando éste necesitaba de los suyos, cuando tantas pruebas le tenía dadas de afecto, cuando tanto le distinguía con su confianza?

Esto mismo le hacía presente Miguel á su esposa una tarde que, sentados en un hermoso balcón que caía á la fértil y hermosa vega de Granada, le manifestaba ella sus deseos de que descan-